

to, dibujando una cruz de San Andrés. Tras ellos va el prelado, escribiendo en una el alfabeto griego y en otra el latino. Era la manera de delimitar un terreno entre los romanos. Los agrimensores empezaban por trazar una cruz oblicua en el campo que iban a medir. Sobre sus líneas se escribían las signos numerales que correspondían a las dimensiones del perímetro. El alfabeto no es más que la ampliación de la sigla mística, alfa y omega, y como las líneas transversales forman la primera letra del nombre griego de Cristo, se da a entender con esta figura simbólica que Cristo va a ser en adelante el verdadero propietario del lugar. He aquí la idea generadora de la ceremonia y su verdadera significación.

Pero aún está el recinto sin purificar. Vuelven a comenzar las lustraciones y los conjuros. El pavimento y las paredes se humedecen con un líquido en cuya composición entran el agua, la sal, la ceniza y el vino. Todo tiene su íntima

significación: el agua indica la pureza con que los fieles han de acercarse al templo, y la que el templo mismo ha de tener para recibir las oleadas de la gracia; la sal recuerda la doctrina de la Sabiduría que se ha de enseñar en aquel lugar; la ceniza es el símbolo del sacramento de la Penitencia, que se ha de distribuir allí a todos los pecadores; y el vino, finalmente, nos hace pensar en la santa embriaguez del amor de Dios, en las alegrías y las dulzuras y los consuelos que allí han de gozar las almas: sabores eucarísticos, júbilos de oración, seguridad de perdones, suavidades de caridad fraterna, chisporroteos de gracias, confianzas, intimidades y arrobamientos. Mas he aquí las doce cruces místicas grabadas sobre los muros. El pontífice las unge, las bendice y las inciensa. Son doce, como los Apóstoles, para recordarnos aquellas palabras en que San Pablo nos dice «que la Iglesia está edificada sobre el fundamento de los Apóstoles y los Profetas, y que su piedra angular es Cristo Jesús».

